

“La disposicion de ánimo en que desgraciadamente me hallaba yo entonces me imposibilita expresar lo que deben inspirar estos sitios y estas ceremonias; todo para mí se reasumia en un profundo y doloroso enternecimiento. Una muger árabe que fué á hacer bautizar su hijo de pocos dias al altar del Pesebre, aumentó la agitacion de mi alma. Acabada la misa volvemos al convento, no ya por el subterráneo sino por una escalera ancha y cómoda que remata en el crucero de la iglesia, detras de la tapia de separacion de que he hablado; esta escalera pertenecia en otro tiempo igualmente á las dos comuniones griega y latina; ahora la disfrutaban los griegos solos, y oimos las enérgicas quejas de los padres de Belen sobre tamaña usurpacion; querian que nos encargásemos de apoyar sus reclamaciones en Europa, y nos costó trabajo persuadirles que, aunque franceses, ninguna autoridad teniamos para conseguir que se les hiciese justicia.

“Las dos naves laterales que formaban el crucero de la antigua iglesia están constituidas en capillas particulares; la una pertenece á los armenios, y la otra á los latinos. En el centro está el altar mayor colocado inmediatamente encima de la gruta; el coro está separado de él por una verja y un tabique de madera dorada que oculta el santuario de los griegos.

“La iglesia griega en Oriente es mucho mas ri-

ca que la romana; en esta todo es humilde y modesto, en aquella todo es brillante y fastuoso; pero la rivalidad que nace de su posicion respectiva produce una impresion muy dolorosa:—es muy triste ver chismes y discordias en sitios que no deberian inspirar mas que caridad y amor.

“La construccion primitiva de la iglesia se atribuye á Santa Elena, igualmente que la de la mayor parte de los edificios cristianos de la Palestina. Verdad es que á esto oponen algunos que siendo ya de bastante edad cuando visitó la Siria, no pudo hacer ejecutar tan numerosas obras; pero el pensamiento no ecsige ni tiempo ni espacio; me parece que su voluntad creadora y su piadoso celo han podido presidir á monumentos empezados por órden suya y terminados despues de su muerte. Volvemos al convento; el buen padre superior nos ofrece una excelente comida en el refectorio, y dejamos con sentimiento aquel anciano, deseosos de aprovechar las horas que nos quedan para visitar las cercanías.

Al bajar al llano, nos enseñan una gruta adonde dice la tradicion que se retiró la Santa Virgen en el momento de su partida para Egipto. Sobre algunas alturas que señorean á Belen, se ven restos de torres que señalan diferentes posiciones del campamento de los cruzados y que conservan los nombres de aquellos héroes. Los dejamos á la iz-

quiera y bajamos por ásperos y encrespados senderos.

“Al cabo de una hora de camino llegamos á un vallecito estrecho, regado por un límpido arroyo: este es el huerto de Salomon, el *hortus conclusus*, cantado en el Cantar de los Cantares: efectivamente entre las cimas de las montañas de peñascos que le rodean por todas partes, este solo sitio ofrece medios de cultivo, y en todo tiempo es este valle un delicioso jardín, cultivado con el mayor esmero, cuya hermosa y húmeda verdura presenta el mas vivo contraste con la pedregosa aridez de cuando le circunda. Puede tener sobre media legua de largo. Seguimos el serpeante curso del arroyo sombreado por frondosos sauces, ya costeano sus herbosas márgenes, ya bañando los piés de nuestros caballos en sus aguas transparentes sobre las tersas guijas del fondo, á veces pasando de una á otra orilla por una tabla de cedro, y llegamos en fin bajo unos peñascos que cierran naturalmente el valle. Un labrador se ofrece á servirnos de guía para subirlos; pero á condicion de que echaremos pié á tierra, y daremos nuestros caballos á sus mozos, que nos lo llevarán á la cima dando largos rodeos.

“Torcemos á la derecha, y subimos penosamente por espacio de una hora; cuando llegamos á la altura, descubrimos los mas hermosos restos de an-

tigüedades que hemos visto todavía,—tres inmensas cisternas, abiertas en la peña viva y siguiendo el declive de la montaña, una encima de otra, en anfiteatro. Las paredes están tan lisas, las esquinas tan enteras como si acabasen de recibir la última mano. Sus bordes, cubiertos de losas como un muelle, resuenan bajo los piés de los caballos. Estos hermosos estanques, llenos de una agna diáfana, en la cima de una árida montaña, asombran é inspiran una alta idea del poder que concibió y ejecutó tan vasto proyecto; así es que se atribuyen á Salomon. Mientras los contemplo, mis compañeros de viage los miden, y hallan que tiene cada uno alrededor de cuatrocientos piés sobre ciento setenta y cinco; el primero es el mas largo, el último el mas ancho, y tiene lo menos doscientos piés de abertura: van agrandándose hasta la cumbre: —encima de la mas alta de aquellas gigantescas cisternas, un pequeño manantial, escondido entre la verdura, es el *fons signatus* de la Biblia, y alimenta él solo aquellos receptáculos, que antiguamente se derramaban en acueductos que llevaban el agua hasta el templo de Jerusalem; á cada paso hallábamos en el camino restos de aquellos acueductos. No lejos de allí, antiguos muros almenados, probablemente del tiempo de las cruzadas, rodean un espacio donde la tradición supone que habia un palacio habitado por las mugeres de Salomon; ya no queda de él ningun vestigio, y el solar,

cubierto de estiércol y de inmundicias, sirve actualmente de corral adonde se recogen de noche los pastores y el ganado que van á pasar en las montañas la estacion de los pastos, como en los Alpes, en Suiza. Volvimos á Jerusalem por un antiguo camino, ancho y empedrado, llamado la via Salomon, camino mucho mas corto y directo que el que tomamos por la mañana, pero ya estaba muy adelantada la noche cuando pasamos por debajo de la bóveda de la puerta de los peregrinos.

“El 25 de Abril, despues de haber visitado por última vez el Santo sepulcro, pedimos al eclesiástico que nos acompañaba, que nos hiciese dar la vuelta por fuera de la iglesia, para darnos cuenta clara de las desigualdades de terreno que esplican la reunion del sepulcro y del calvario en el mismo monumento. Este circuito es difícil, porque la iglesia está rodeada de edificios que obstruyen las comunicaciones; pero atravesando algunos patios y algunas casas, conseguimos satisfacernos sobre los puntos que nos interesaban.

Luego montamos á caballo para seguir los muros de la ciudad y visitar las sepulturas de los reyes.

Al norte de Jerusalem, saliendo por la puerta de Damasco, á cosa de media legua, se halla una escavacion en la roca que forma un patio de sobre veinte pies de profundidad, cerrada por tres lados de las paredes de la peña tajadas á cincel, que

ofrecen el aspecto de tapias adornadas de esculturas cinceladas en la misma piedra, representando puertas, pilastras, frisos de primoroso trabajo; puede presumirse que el levantamiento gradual del terreno ha disminuido muchos piés la altura de aquella escavacion, porque el boquete que ecsiste á la izquierda para entrar en el santuario es tan bajo, que no se puede penetrar en él sino á rastras.

Conseguimos con suma dificultad introducirnos y encender hachas; con lo que una infinidad de murciélagos, despertados por nuestra invasion, nos acometieron y pelearon, por decirlo así, para defender su territorio; y si la retirada hubiera sido fácil, creo que hubiéramos retrocedido ante ellos: poco á poco se fué restableciendo el sosiego, y pudimos ecsaminar aquellas estancias sepulcrales, escavadas y labradas en la peña viva: los ángulos están tan limpios y las paredes tan tersas cual si los hubiera pulimentado el artífice en la cantera. Cinco visitamos, que comunicaban entre sí por medio de aberturas á las que se aplicaban, sin la menor duda, algunas piedras labradas en forma de puertas, que yacian por el suelo, y hacian presumir que cada estancia estaba cerrada y sellada cuando los nichos abiertos en las paredes para recibir los sarcófagos ó las urnas cinerarias estaban llenos. ¿Quiénes eran ó debian ser los habitantes de aquellas moradas dispuestas con tanto dispen-

dio? Todavía está esto en duda; muchas son las opiniones en punto á su origen; el interior, que es sencillo y grandioso, puede ascender á la mas remota antigüedad; nada determina su época. La escultura exterior parece de un trabajo harto acabado y de un gusto harto puro, para pertenecer á los remotos tiempos de los reyes de Judea; pero desde que he visto á Balbek, mis ideas se han modificado mucho en punto á la perfeccion á que llegó el arte antes de las épocas conocidas.

“Proseguimos nuestro paseo entre algunos olivares, y volviendo á bajar al valle de Josafat, subimos luego hácia medio dia por los muros de Sion.

“La sepultura de David, el santo Cenáculo y la iglesia armenia que posee la piedra sellada en la entrada del Santo Sepulcro, nos determinaron á volver por esta puerta, *Bab el Daoud*; pero cuando quisimos visitar el subterráneo donde la tradicion pone los huesos del Rey profeta, los turcos se opusieron á ello y nos dijeron que estaba absolutamente prohibida la entrada: suponen que hay inmensas riquezas enterradas en esa sepultura real, que los estrangeros saben donde están y que vienen con objeto de descubrirlas y robarlas.

“El santo cenáculo es una gran sala abovedada, sostenida por columnas y ennegrecida por el tiempo; si la vejez se admite como prueba, presenta las señales de una remota antigüedad: situado sobre

el monte Sion, fuera de los muros de la ciudad de entonces, seria muy posible que los discípulos se hubiesen retirado á él despues de la resurreccion, y que se hallasen reunidos allí en la época de Pentecostés, como aseguran las tradiciones populares. Aunque el saco de Jérusalen, en tiempo de Tito, no dejó en pié mas que las torres y una parte de las murallas, los solares quedaron suficientemente indicados, y los primeros cristianos debieron dar grande importancia á perpetuar su memoria por medio de construcciones sucesivas, en los mismos sitios, y muchas veces con los escombros de los antiguos mocumentos; pero es inútil entrar en pormenores sobre Jerusalem, asunto sobre el cual está ya dicho cuanto hay que decir; solo añadiré cuatro palabras, en un todo independientes de los recursos religiosos, sobre el aspecto de aquella aldea de sepulcros (Siloa) que se me ha quedado impresa como un cuadro. Esta poblacion toda de árabes salvajes, que viven en cuevas y en grutas sepulcrales, ofreceria á un pintor una escena de las mas originales;—figúrese el lector, en el profundo valle de Siloa unas cavernas que presentan sus aberturas como bocas de hornos puestos unos sobre otros, disseminados en la ladera de un peñasco, ó como secciones irregulares de una colmena partida y de estas cuevas sepulcrales, de esta morada de los muertos, saliendo, como fantasmas, seres vivos, hombres, mugeres niños.

“No sé si este asunto ha sido manejado por algun pintor, pero me parece que ofrece al pincel todos los contrastes y todas las armonías juntamente.

El 26 de Abril echamos las últimas miradas sobre Jerusalem, y tomamos tristemente el camino de Jafa.

“Al entrar en el valle de Jeremías, llama nuestra atencion los sonidos de una música agreste, y vemos á lo lejos una tribu árabe desfilando por la ladera del collado;—envio al dragomon á averiguar qué significa aquello y vuelve à decirnos que toda aquella muchedumbre está reunida para el entierro de un caudillo, y que podemos avanzar sin recelo.

“Luego nos cuenta que aquel caudillo habia muerto de repente la víspera la en caza; por haber respirado una planta venenosa, pero el carácter conocido de los árabes de Naplusa, cuyo trage llevaban los que veíamos, nos hizo creer que mas bien habria sucumbido víctima de la animosidad de algun caudillo rival.

“A pesar de sus hábitos guerreros y de su ademán imponente, la credulidad de estos sencillos pueblos se parece á la de los niños; todo lo maravilloso los cautiva y no escita en ellos la menor desconfianza.

“Un árabe amigo nuestro, hombre de mucha inteligencia y saber, nos ha asegurado muchas veces,

en tono de conviccion, que un jeque del Líbano poseia el secreto de las mágicas palabras que se emplearon en los tiempos primitivos para remover las gigantescas moles de Balbek; pero que era demasiado buen cristiano para servirse nunca de ellas ó para dibujarlas.

“Acelaramos el paso de nuestros caballos, y pronto alcanzamos á la procesion; en el centro iba el ataúd sobre unas andas, cubierto con ricos paños, y encima de ellos puesto el turbante de los Osmanlis; varias mugeres árabes, desnudas hasta la cintura, con el cabello suelto sobre los hombros, los pechos acardenalados, los brazos en alto, precedian el cuerpo dando alaridos, entonando lúgubres cánticos, retorciéndose las manos y arrancándose los pelos; unos músicos, tocando el *tanble* y el *dahiere* (1), acompañan las voces con sordo y continuo redoble.

“Al frente de la procesion iba el hermano del difunto; su caballo, cubierto de hermosas pieles de angola, adornado con borlas de grana y oro que se mecian sobre la cabeza y el pecho, se ponía de manos asustado por el estruendo de aquella desacorde música; los sacerdotes, vestidos de gran gala, aguardaban la comitiva, delante de la puerta de un sepulcro coronado por una cúpula que sostenia una ligera columnata;—enfrente se hallaba la iglesia

(1) Especie de tamboril.

arruinada cuyo tejado, en forma de azotea, estaba cubierto de mugeres tapadas con largos velos blancos, semejantes á las sacerdotisas de los antiguos sacrificios, ó á las plañideras de los monumentos de Memfis.

“Cuando el gefe llegó á la sepultura, se apeó de su caballo y se echó en los brazos del gran sacerdote con vivas demostraciones de dolor; este le eeshortó á someterse á la voluntad de Dios, y á mostrarse digno de suceder á su hermano en el mando de la tribu. Llegó entre tanto la comitiva, formóse al rededor del templete; y resonaron los cantos de muerte mas penetrantes que hasta entonces;—aquellas lúgubres pantomimas, aquella pompa fúnebre aquellos himnos de desesperacion expresados en otra lengua, con otros ritos, nos parecen un vivo recuerdo de aquellas lamentaciones de que llenó Jeremías este mismo valle, y cuyo eco es todavía el mundo bíblico.”

## SALIDA DE JAJA.

La misma fecha.

Nos embarcamos con muy mal tiempo; las oleadas se estrellan en los peñascos levantando colinas de espuma; esperamos un momento detras de las peñas á que pase la marejada, y nos lanzamos á alta mar á fuerza de remos; las olas vuelven y nos levantan como un corcho; bajamos al abismo y perdemos de vista el bergantín y la playa.

Volvemos á subir y á bajar, y la espuma nos cubre con un velo de lluvia.

Al fin llegamos á los costados; del buque pero sus movimientos son tan recios que no nos atrevemos á acercarnos;—esperamos un momento favorable; nos tiran una cuerda, ponen la escalera y subimos al puente. El viento se vuelve contrario; permanecemos sobre dos anclas, espuestos á cada instante á naufragar si llega á romperlas el movimiento enorme de las olas.

Horas de angustias físicas y morales en aquel horrible vaiven; por la tarde y por la noche el viento silba, como en un órgano, entre los palos y las jarcias; el buque bate como un carnero que hiriese la